



Reflexionar sobre el sexo y la entrega matrimonial

"La estructura interna de la sexualidad humana incluye así este significado central y discernible: que el origen fundamental de la nueva vida humana está destinado a situarse más allá de nuestra determinación.."



¿Piensan los estadounidenses lo suficiente sobre el sexo? Algunos dirían que parece ser lo único en lo que la gente piensa en tiempos difíciles como estos, en los que se presta tanta atención a las relaciones de celebridades, al Viagra y al aumento de pecho. Sin embargo, existe una diferencia importante entre tener el sexo en la cabeza y reflexionar sobre el sexo como objeto de pensamiento, y nos enfrentamos a una necesidad cultural bastante urgente de reflexionar más profundamente sobre el orden interno y el significado de la actividad sexual humana. Creo que la falta de una reflexión cuidadosa sobre el significado más profundo del sexo está en la raíz de varios problemas bioéticos contemporáneos, como la fecundación in vitro (FIV) y la anti-concepción.

El sexo tiene una estructura delicada propia. En el corazón del acto matrimonial podemos identificar una especie de entrega. El lenguaje interno de la sexualidad implica una entrega de uno mismo y de la propia voluntad. Antes del acto matrimonial, ya se puede ver cómo esta entrega comienza a manifestarse: ¿se siente mi cónyuge con ganas esta noche? Si nos quedamos embarazados, ¿la apoyaré en las náuseas matutinas que puedan surgir? ¿Estoy dispuesto a renunciar ahora a mi deseo de intimidad si acordamos que debemos esperar? ¿Estoy preparado para entregarme a las diversas exigencias que conlleva criar a los hijos de manera responsable? ¿Estoy abierto esta no-

che a las preocupaciones de mi cónyuge incluso más que a las mías? Incluso dentro del propio acto matrimonial descubrimos este mismo aspecto de entrega. San Agustín se refirió a la intensidad de la intimidad sexual, señalando que "cuando alcanza su punto culminante, hay una casi total extinción de la lucidez mental; los sentidos intelectuales, por así decirlo, quedan sobrepasados". El clímax, por tanto, también implica un lenguaje de abandono de uno mismo, de manera que entramos en un espacio nuevo y extático donde ya no estamos al mando, donde nuestra propia voluntad deja de prevalecer.

Este aspecto de entregarnos, mirar al otro y renunciar al control es un dinamismo básico en el corazón de la sexualidad humana. Siempre que una nueva vida humana es concebida en el centro de esta entrega, aparece de repente como un "tercero", y como un igual a sus padres. El niño parece surgir de la nada precisamente cuando los padres descubren que no pueden reclamar nada como propio, cuando su entrega se ha vuelto completa. En su entrega mutua, el hijo puede llegar como un igual, entrando en el mundo no como un producto o un proyecto, sino como un don que espera ser descubierto y acogido. En la profundidad de su unión en "una sola carne", en su "unión de autoanulación", descubren esta posibilidad trascendente y misteriosa de en-

El Sentido de la Bioética

Reflexionar sobre el sexo y la entrega matrimonial

gendrar/recibir a un “tercero”. Ese “tercero” llega como igual en parte porque los padres no pueden apropiarse egoístamente de esa nueva vida como si fuera un derecho, una posesión o una exigencia. Dado que el origen último de esa nueva vida está fuera de su control, no pueden subordinarla como “inferior” o “menor” que ellos mismos, debido a la igualdad inherente en el origen entre ellos como seres humanos y sus hijos como seres humanos. El engendramiento de nueva vida, en un sentido importante, siempre queda fuera de su control total. La estructura interna de la sexualidad humana incluye así este significado central y discernible: que el origen fundamental de la nueva vida humana está destinado a situarse más allá de nuestra determinación directa, siendo más bien fruto de una entrega y unión compartidas con el cónyuge y con Dios.

Una vez que empezamos a ver este hermoso orden interno de la sexualidad humana, también podemos empezar a comprender cómo la FIV y la anticoncepción alteran profundamente las relaciones sexuales en el matrimonio. En el corazón de la FIV, por ejemplo, encontramos no solo manipulación, sino también una nueva forma de dominación. En lugar de que el hijo aparezca como un igual en medio de un verdadero abandono de uno mismo tras la intimidad sexual, el hijo pasa a ser profundamente desigual respecto a sus padres, una pieza que se utiliza en la consecución de los deseos

parentales. El niño es radicalmente desigual porque es producido en un laboratorio, tratado como un producto, manipulado, examinado, e incluso congelado o descartado para asegurar el resultado deseado por quienes dominan sobre él y su origen. En lugar de entrega, el origen de la vida humana se convierte en un proceso de laboratorio sujeto a nuestra determinación y manipulación directa. La llegada de un “tercero” deja de ser un don que surge en medio de la entrega conyugal, para convertirse en un plan que se ejecuta utilizando todos nuestros medios y recursos. Nuestra propia voluntad, en lugar de la entrega mutua, se convierte en el dinamismo central de la FIV, al igual que ocurre con la anticoncepción, que cierra el acto matrimonial a una verdadera apertura y entrega mutua.

Cuando una pareja casada utiliza anticonceptivos, dice con su cuerpo que en realidad no se entrega plenamente el uno al otro. Retiene un aspecto profundo y esencial de sí misma: su propia fecundidad. Decide no compartir esa parte de sí con el otro ni con Dios. Dado que el sexo implica una entrega total, la anticoncepción ataca el núcleo de la sexualidad humana al convertirla en un intercambio parcial y distorsionado, donde uno puede utilizar al otro para obtener determinadas satisfacciones. Esto puede acercarse más a la manipulación o la dominación, incluso a una forma de masturbación mutua, que a una entrega amorosa. Toda la dimensión de pérdida de uno

mismo en la entrega mutua, que abre un espacio desinteresado para la llegada de un “tercero”, queda eliminada por la anticoncepción. Cualquier hijo que pudiera ser concebido (a pesar de los esfuerzos anticonceptivos) no aparece como un “tercero” bienvenido e igual a los padres, sino como algo no deseado, como una carga. Ese “tercero” se percibe como una amenaza a los propios deseos y planes. Se busca permanecer en control, en lugar de vivir en el misterio fecundo de la entrega total en el matrimonio. La aparición de ese “tercero” fuera de los propios planes puede conducir al siguiente paso —el aborto— reflejando un cierre radical del matrimonio a cualquier forma de entrega o aceptación, y un rechazo firme de cualquier igualdad entre padres e hijos. Así, donde debería haber entrega, la anticoncepción introduce en realidad una forma de dominación sobre el origen de otro ser.

El Papa Benedicto XVI, en su primera encíclica, describió “ese amor entre el hombre y la mujer que no es ni planificado ni querido, sino que de algún modo se impone al ser humano...”. Este amor misterioso se refleja especialmente en la unión conyugal, que llama a la entrega mutua y total de los esposos, abriendo un espacio receptivo en su matrimonio a una nueva vida y a un nuevo amor.

Artículo: Reflexionar sobre el sexo y la entrega matrimonial. Date: Marzo, 2007

El Padre Tadeusz Pacholczyk hizo su doctorado en Neurociencias en la Universidad de Yale y su trabajo postdoctoral en la Universidad de Harvard. Es sacerdote para la Diócesis de Fall River, Massachusetts y se desempeña como Bioeticista Senior del Centro Nacional Católico de Bioética en Philadelphia. Para mayor información, por favor visite el National Catholic Bioethics Center (www.ncbcenter.org) y FatherTad.com. Traducción: Marta Barcia.

